

Los nuevos, tomaron posesión

Tras el primer Consejo

Silencio del Gobierno

De los nuevos ministros, sólo juró Pons; los demás, prometieron

REDACCION MADRID

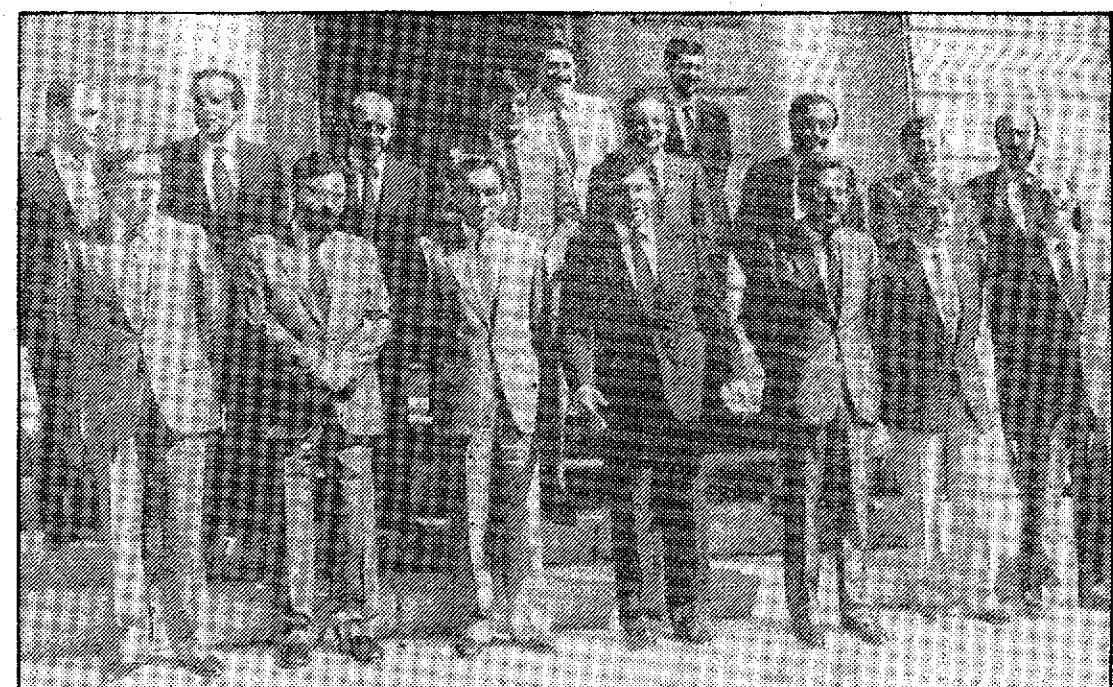
El nuevo Gobierno de Felipe González se reunió ayer en Consejo de Ministros en el Palacio de la Moncloa, tras la jura ante los Reyes en el Palacio de la Zarzuela de los seis nuevos ministros, durante apenas media hora sin que al término de la misma se hiciera pública una declaración oficial.

El nuevo equipo de Gobierno celebró ayer mañana su primera reunión de trabajo, presidido por Felipe González. El Consejo comenzó alrededor de las once y media y concluyó pasadas las doce del mediodía. Previamente los ministros entrantes juraron sus cargos ante el Rey don Juan Carlos. Según manifestó a los informadores el recién incorporado Joan Majó, titular de Industria, se trató, simplemente, de una toma de contacto, un tanto informal, en la que el jefe del gabinete dio instrucciones a sus colaboradores sobre temas muy generales y al término de la cual no hubo ninguna declaración oficial.

Salvo el vicepresidente, Alfonso Guerra, rigurosamente serio, los ministros veteranos llegaron al palacio de la Moncloa demostrando una actitud infinitamente más distendida y risue-

ña que el pasado miércoles. Javier Solana, que mantiene la cartera de Cultura y asume el cargo de portavoz gubernamental, no llegó en coche oficial sino paseando por los jardines, saludó a los periodistas y explicó que la reunión sería breve y que no tendría carácter decisivo.

Francisco Fernández Ordóñez, nuevo ministro de Asuntos Exteriores, y veterano ya en cargos de Gobierno con la UCD, pidió disculpas por no hacer declaraciones sobre el departamento que deja Fernando Morán, por razones de «elemental prudencia». «No acostumbro —señaló— a hablar de las cosas hasta que no estoy perfectamente asentado en ellas. Cuando conozca la situación y haya tenido las reuniones que correspondan con el Presidente, haré las primeras declaraciones, por lo menos hasta después del viaje a



El nuevo Gobierno, al completo.

París con los Reyes».

Sólo juró Félix Pons

Los nuevos ministros del segundo Gabinete socialista tomaron ayer posesión de sus cargos ante el Rey, utilizando todos ellos la fórmula «prometo», con excepción de Félix Pons, que juró. El acto tuvo lugar en el palacio de la Zarzuela, en el salón conocido como «la antesala». El ministro encargado de tomar juramento al resto de sus nuevos compañeros fue el titular de Justicia, Fernando Ledesma.

Después de la lectura del Real Decreto de cuatro de julio en el que figuran los nombramientos, los ministros fueron llamados por este orden: Asuntos Exteriores, Economía y Hacienda, Obras

Públicas, Industria y Energía, Transportes y Administración Territorial. Los ministros, después de saludar a los Reyes con una inclinación de cabeza, se acercaban al centro del salón, donde estaba situado el titular de Justicia, junto a un pequeña mesa. De pie, con la mano sobre un ejemplar de los Evangelios, situado detrás de un crucifijo y al lado de la Constitución, los ministros leyeron el siguiente texto: «Prometo (o juro) por mi conciencia, y honor compartir fielmente las obligaciones del cargo (cada uno nombró el suyo) con lealtad al Rey y guardar y hacer guardar la Constitución como norma fundamental del Estado, así como mantener el secreto de las deliberaciones del

Consejo de Ministros».

Tras este acto, los fotógrafos recogieron a los nuevos ministros junto a los Reyes y el presidente González, quienes posaron en un primer momento con caras serias, que fueron más distendidas en los momentos siguientes. Posteriormente, Don Juan Carlos y Doña Sofía departieron con el presidente y sus nuevos ministros. La Reina se interesó por conocer si era más fácil incorporarse por vez primera al Gobierno o cambiar de departamento. Solchaga, que ha cambiado de cartera, sugirió que la respuesta fuera ofrecida por Fernández Ordóñez (ministro por tercera vez), aunque fue finalmente el propio presidente quien respondió a Doña Sofía.

EDITORIAL

Las siete razones de la desilusión

LO más significativo del día siguiente a la crisis es la unanimidad de la prensa de todos los matices en el comentario negativo, durísimo en ocasiones. La desilusión ante la crisis por parte de la prensa no tiene excepciones, y creemos que es la fiel expresión de la sensación general de la opinión ante una crisis mal llevada, que se ha cerrado en falso y ante la cual la actitud más benévola es la de indiferencia. ¿Cuáles han sido los motivos de ese desencanto? A nuestro entender, los siguientes:

En primer lugar, la forma en que se ha llevado la crisis por el presidente del Gobierno, negando primero que fuese tal crisis y reduciéndola a la categoría ínfima de «remodelación», para sorprender después con el cese del ministro de Asuntos Exteriores y verse en el último minuto sorprendido por la dimisión del ministro de Economía y Hacienda. Se ha dicho con exactitud que la crisis le ha estallado a don Felipe González en las manos, pero aún más grave es que se haya obstinado después en negar toda explicación convincente de lo sucedido, refugiándose en un secreto presentado como discreción o en el argumento de que los cambios ministeriales son de su exclusiva responsabilidad. Esto es cierto, pero

no se debe olvidar que en un régimen de libertad los responsables están siempre obligados a explicar sus razones.

En la rueda de prensa donde comunicó los nombres de los nuevos ministros, el presidente explicó que había comunicado personalmente su decisión a los salientes; esta vez, dijo, no ha habido motoristas, refiriéndose a la forma habitual de comunicar tal medida en otros tiempos. Pero, aparte de que algún ministro parece haberse enterado por tercera persona de extremos que debería haber conocido antes que nadie, las circunstancias que han rodeado a la crisis recuerdan demasiado a los tiempos evocados por el presidente. Nada se diga de la circunstancia de que, disponiéndose de la televisión oficial, la explicación de la crisis la haya dado en dicho medio, no el presidente ni ningún portavoz del Gobierno, sino un periodista interro-gado a otro.

En tercer lugar, esa falta de explicaciones resulta sencillamente escandalosa en el caso del señor Boyer. Se había hecho la crisis para él, con la obvia finalidad de rodearle de ministros que garantizasen la necesaria coordinación de la política económica, y a última hora sale del Gobierno. De sus palabras en la

toma de posesión de su sucesor se deduce claramente que su salida se debe a no haber obtenido las garantías indispensables de autoridad, coordinación y respaldo frente a las presiones del partido, pero la consecuencia ha sido análoga a la de un barco donde, una vez reclutada la tripulación, se la dejase sin capitán. Es de presumir que se ha llamado con urgencia al señor Solchaga para que llene ese hueco, pero, ¿podrá mantener la continuidad de la política económica? El contraste que reflejaba el noticiario televisivo entre su fisonomía preocupada y la satisfacción ostensible de otros ministros recién nombrados autoriza la pregunta anterior.

En cuarto lugar, ha decepcionado el escaso relieve político de algunos de los nuevos ministros. Si alguna vez ha tenido sentido la denominación de «gobierno de subsecretaría», es en este caso. Es un mal síntoma sobre las posibilidades del relevo dentro de los cuadros del partido, que posiblemente explique el que para buscar un sucesor al ministro de Asuntos Exteriores haya habido que dirigirse al señor Fernández Ordóñez.

Precisamente esta sustitución es el quinto motivo de extrañeza para la mayoría de la opinión, que ignora la posición personal del señor

Morán ante la OTAN, pero tiene presente su éxito consiguiendo el ingreso de España en el Mercado Común.

El sexto motivo es el robustecimiento de la unidad del Gobierno en torno a don Felipe González, cuando es patente la relativa pérdida de imagen del mismo, que la evolución de la crisis ha acentuado. La rueda de prensa que siguió a la noticia del nuevo Gobierno fue particularmente penosa. Y el comentario de don Alfonso Guerra sobre su presidente y la capacidad de éste para dar «diez mil vueltas» a los conceptos, «agregando una cantidad de riqueza en torno a él que van recogiendo los otros y que se convierte en doctrina», le ha hecho más daño, por lo desmesurado del elogio, que la peor crítica.

El séptimo y último motivo de decepción se produce al enfrentar a este Gobierno con los problemas que le esperan. Si el Gobierno anterior fue incapaz de resolverlos, ¿cómo va a conseguirlo éste? Tal convencimiento explica el parecer unánime de la prensa, que, como empezábamos diciendo, no ha sido más que fiel servidora de la desilusión general.